

# El curso de la vida humana como problema ético y como problema psicológico (\*)

por el DR. CARLOS A. VELASCO SUÁREZ

## I) *El hombre moderno y la pérdida de una imagen unitaria del curso de la vida humana*

Esta es quizá una de las pérdidas más sensibles, cargada de vastas y negativas consecuencias, que nos acarrea el proceso de descomposición de la imagen del hombre y de la realidad en la cultura moderna. Es una ausencia dolorosa, que palpa una y otra vez el psicoterapeuta en su tarea cotidiana. Se han borrado hasta los últimos rastros de una concepción unitaria del curso de la vida humana que permita una ubicación significativa dentro de cada una de las etapas del mismo. Se han sofocado hasta los más débiles ecos de las graves y sempiternas preguntas: ¿Quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿hacia dónde vamos? A fuerza de querer hacer de su vida lo que le venía en gana el hombre moderno ha terminado por no saber qué hacer con ella. Ha terminado por transformarse en un náufrago de su propia vida: contempla azorado cómo se le escurre de entre las manos sin aparente dirección ni propósito.

Nos encontramos ante una de las manifestaciones más importantes del tremendo "désordre du coeur" contemporáneo. A fuerza de querer "liberarse", de querer imponer sin cortapisas su autarquía, el hombre moderno ha roto su vinculación con el orden objetivo de lo existente, ha amputado sus conexiones vivientes y significativas con las realidades que lo limitan sí, pero que al mismo tiempo lo ubican, le devuelven su lugar en el cosmos señalándole el cauce cierto de sus

---

(\*) Conferencia pronunciada en el Instituto Popular de Conferencias de "La Prensa".

posibilidades de expansión. Todas las grandes culturas han conocido esta sabiduría indispensable y la han transmitido como uno de sus tesoros más preciados:

“Los sabios, Callicles —dice Platón en el Gorgias— afirman que el cielo y la tierra, los dioses y los hombres, se mantienen unidos por la amistad, el respeto del orden, la templanza y la justicia y por esa razón llaman “universo” al orden de las cosas y no desorden ni intemperancia.”

(508 a)

Cada vez que leo este pasaje vuelvo a experimentar la misma emoción, difícilmente expresable: se nos trasmite aquí algo misterioso y solemne, uno de los legados impercederos de nuestra civilización. Nos damos cuenta que sin él es difícil concebir una vida que merezca verdaderamente llamarse humana. Dios, lo sagrado; la Naturaleza; los demás hombres; la propia vida. Nos encontramos situados frente a todas estas realidades en una relación de profunda obligación: a través de la amistad, del respeto del orden, de la justicia y de la temperancia debemos realizar nuestra “koinonia”, nuestra participación unitiva en la armonía de lo existente. El orden de las cosas resplandece entonces ante nuestros ojos revelándose como universo, “kosmos”.

Volveremos a esta idea central al final de nuestro camino de este día. Permitaseme pasar a explicar ahora cómo el orden perdido de la vida humana es gradualmente redescubierto por la psicología médica contemporánea.

## II) *La psicología médica redescubre el curso de la vida humana y su orden objetivo*

Por muchas que sean nuestras discrepancias con el pensamiento de Sigmund Freud —en el caso de quien les habla son sustanciales respecto a aspectos decisivos de la consideración del ser humano y de su destino— cometeríamos una grave injusticia si olvidáramos que es gracias a su obra —manifestación de un espíritu por momentos genial— que el método biográfico y la consideración finalística del acontecer personal adquieren carta de ciudadanía en la medicina científica de nuestro tiempo. Pedro Lain Entralgo ha estudiado con su acostumbrada erudición y profundidad este hecho en varias de sus obras señalando cómo a través del desarrollo de la psicología médica en el final del siglo pasado en Francia y en Viena, y principalmente merced a la obra de Freud, no sólo la medicina pudo empezar a ser

psicosomática o personalista, cosa que de alguna manera siempre lo fue, sino la patología, cosa que sí constituyó una radical novedad.

El estudio biográfico del ser humano resulta no sólo indispensable para la comprensión de la patogenia y el establecimiento de una adecuada terapéutica de los cuadros neuróticos y aun psicóticos, sino que es aplicado con fruto a la clínica médica desarrollándose en diversos países las escuelas de medicina psicosomática o antropológica (Ludwig Krehl y la escuela de Heidelberg en Alemania, especialmente con V. von Weizsaecker; Flanders Dunbar, Franz Alexander, Menninger, Grinker, en los Estados Unidos; Rof Carballo en España; Halliday en Inglaterra, etc.).

El psicoanálisis prestó atención en sus comienzos a las primeras etapas del desarrollo infantil, elaborando la concepción de un despliegue secuencial de fases o estadios en los trabajos de Freud y de Abraham. Como se sabe el énfasis unilateral y ciertamente equivocado del psicoanálisis en los instintos o pulsiones se ha visto gradualmente sustituido por una atención creciente sobre el yo, sus facultades y su desarrollo. Es así que la "escuela de psicoanálisis del yo", heredera directa del pensamiento de Freud a través de los trabajos de su hija Anna, llega hoy día, en la obra de Erik Homburger Erikson a presentar una concepción casi completa del desarrollo del yo a lo largo de la vida, con la elucidación de las tareas y de los conflictos básicos de cada etapa y el establecimiento de una ética en la que reaparece el concepto tradicional de "virtud". Erikson concibe en efecto a las virtudes como "ciertas cualidades humanas específicas de fortaleza", que el yo debe desarrollar en cada etapa apropiada y ayudar a desarrollar en el proceso educativo, de generación a generación.

Jung y Adler, los dos talentosos discípulos disidentes de Freud, realizaron por su parte aportaciones importantes a la comprensión del curso de la vida humana. Jung a través de sus trabajos sobre el "proceso de individuación", en particular, sus observaciones pioneras sobre la "crisis de la mitad de la vida". Partiendo de su concepción teleológica de las neurosis, fundadas en el "sentimiento de inferioridad" y construidas como artefactos por la "voluntad de dominio", Adler llega a la idea de las "mentiras vitales" y de los "planes" y "estilos de vida" artificiales e inauténticos como características fundamentales del modo de existir neurótico que la acción terapéutica o pedagógica debe desenmascarar para devolver al sujeto el sentido de su vida.

Concordando con este movimiento de ideas dentro de la psicología médica, podemos observar en nuestro siglo el auge de los estudios sobre psicología evolutiva del niño y del adolescente. Las diferentes etapas de su desarrollo intelect-

tual, afectivo y moral fueron estudiadas en sus características principales, en su seriación y en su mutua implicancia en los trabajos de Baldwin, Janet, Wallon, Koffka, Stern, Piaget, Werner y Bühler. La psicología de la vejez fue por otra parte objeto de creciente atención debido a la importancia verdaderamente dramática que adquirieron en nuestra cultura los problemas de la última etapa de la vida. Se asentaron así los pilares de una psicología diferencial de las distintas edades de la vida y de una consideración global de su curso, de su estructura y de las principales leyes que rigen su desarrollo.

En relación con lo que acabo de mencionar se encuentran dos obras con las que terminaré esta breve reseña acerca del redescubrimiento del orden objetivo del curso de la vida humana en la psicología médica de nuestro siglo. Me refiero al importante trabajo de Charlotte Bühler. "El curso de la vida humana como problema psicológico", publicado por primera vez en Leipzig en 1933 y traducido luego entre nosotros por Espasa Calpe en 1943, y al breve y luminoso ensayo "Las edades de la vida" escrito por otro hombre genial de nuestro tiempo, el teólogo alemán Romano Guardini. Ambos trabajos desbordan como se ve el ámbito de la psicología médica, pero de él dependen en su inspiración, sobre él repercuten con sus hallazgos y conclusiones.

El estudio de todas estas obras nos manifiesta, una vez que hemos logrado sobre ellas suficiente penetración y amplitud de mirada, una sorprendente convergencia de hallazgos y de conclusiones. De ella intentaré en lo que sigue dar una breve y razonada noticia.

### III) *Características fundamentales del curso de la vida humana*

#### *La vida humana es el devenir de un sujeto en el tiempo*

No es un puro devenir, una mera sucesión de cambios, de momentos discontinuos, sin conexión entre sí. Es el devenir de algo, de un sujeto que va explicitando, desplegando sus virtualidades en el tiempo, tratando de actualizarlas en viviente relación con su mundo. Esto puede sonar a muchos como verdad de perogrullo, pero resulta indispensable recordarlo pues padecemos desde hace mucho tiempo de los más variados y en general confusos intentos de absolutización del cambio, de la temporalidad, del "stream of consciousness", de la "durée". Contra estos nuevos heracliteismos se alza como en épocas antiguas la evidencia de que un movimiento que no sea movimiento de algo es una idea absolutamente impen-

sable. El curso de la vida humana es una totalidad significativa en la que se advierte el despliegue de aspectos sucesivos, esencialmente vinculados, de un mismo sujeto. Por eso es que, como veremos más tarde, no podemos hacer cualquier cosa de nuestra vida sino algo preciso y más o menos delimitado, que corresponda a la ley de nuestra íntima estructura y esencia.

### *Fases y crisis*

La vida humana se despliega como una secuencia alternada de *fases* separadas por *crisis*, que las preceden y anuncian. La vida infrauterina está separada de la vida de la primera infancia por una crisis fisiológica, el nacimiento. Dentro de la primera infancia hay, a su vez, subetapas, acompañadas de sus respectivas crisis. Entre la primera y la segunda infancia se sitúa una importante crisis, estudiada por el psicoanálisis, bajo la denominación de "crisis edípica". El desarrollo puberal marca otra crisis con la que se inicia la fase de la pubertad y la adolescencia, que termina en la crisis adolescencial o "crisis de la identidad" o de la "originalidad juvenil". Se inicia así la juventud que debe pasar por la "crisis de la experiencia" para transformarse en adultez joven, o primera adultez. En el promediar de la vida, y en relación con el despliegue de los otros ciclos generacionales, se presenta la "crisis del límite" o "de la mitad de la vida", a través de la que se ingresa en la adultez madura o segunda adultez. Se llega finalmente, dentro de un margen relativamente amplio de edad, al "umbral de la vejez", se presenta entonces lo que algunos autores han llamado "crisis del desasimiento", que prepara el ingreso a la vejez, donde la vida debe completarse, cumpliendo la última etapa de su aventura temporal.

### *Identidad y cambio*

Una de las características principales del curso de la vida humana es la tensión que se da en ella entre su identidad y la variación de sus estadios sucesivos. Cada edad de la vida constituye un fenómeno nuevo e irreplicable, una unidad en sí, fases vivientes que se presentan una sola vez y que ocupan en la totalidad de nuestra existencia un lugar insustituible. Hay aquí una dialéctica peculiar del curso de la vida humana que le confiere su especial tensión: por un lado cada etapa sólo cobra sentido en función de lo que tiene detrás, de su identidad con la totalidad de lo ya vivido; por otro, sus caracteres propios son únicos, fenómenos nuevos que no pueden derivarse enteramente de lo que les precedía. El paso a lo nuevo se resuelve en las crisis, que se

destacan en el fondo del proceso cambiante y en las que lo anterior debe ser asumido y reorganizado en una nueva forma. Como se sabe, la palabra "crisis" tiene una doble vertiente en su origen, en la tradición griega: médico ("mutación grave que sobreviene en una enfermedad para su mejoría o empeoramiento") y jurídico ("momento decisivo en un asunto de importancia"). El verbo "krino" se refiere a la acción de distinguir, de elegir, de separar, de juzgar y de decidir, en acepciones sucesivas. Se vincula etimológicamente a la acción de la zaranda o del cernidor. En las crisis de la vida la persona se ve verdaderamente zarandeada, sometida a una prueba, donde debe distinguir, separar, elegir y decidir. No nos extrañe entonces que las crisis sean puntos particularmente vulnerables del desarrollo personal y que constituyan un factor cuya importancia la psicopatología se ve obligada a tener cada vez más en cuenta en nuestros días. Si las crisis no se resuelven adecuadamente el proceso de la vida puede desorganizarse o quedar parcialmente cristalizado, la relación con la realidad externa e interna se perturba en grados diversos y, como consecuencia, sufre o se altera la identidad personal. Un ejemplo extremo de este tipo sería la esquizofrenia, hebefrenia de Hecker, grave proceso psicopatológico en el que sucumbe la identidad personal y que se instala precisamente en plena crisis de la identidad juvenil.

La identidad personal exige el gradual afianzamiento de una clara y orientadora "idea de sí mismo", factor éste al que igualmente ha debido prestar creciente atención la psicopatología contemporánea. La "idea de sí mismo" tiene que reacomodarse en cada crisis, que reencontrarse nuevamente en cada etapa. Como aspecto de la identidad, la idea de sí mismo tiene que ver tanto con una continuidad armoniosa con el pasado a través de la memoria como con una dirección proyectiva hacia el futuro: lo que se es y lo que se quiere ser son aspectos inescindibles de la identidad personal. En este sentido hay una suerte de compresencia de todas las fases en cada momento de la vida; el fin está siempre de alguna manera presente desde los comienzos; los comienzos y todo lo que siguió están de alguna manera presentes en el fin. La persona saludable descubre en cada momento la tridimensionalidad de la experiencia temporal humana, de acuerdo a las palabras de Leibniz: "presente cargado de pasado y grávido de porvenir".

### *R i t m o*

Lo anteriormente expresado nos ayuda a entender la importancia del ritmo en la consideración de la vida humana. Cada etapa comienza a manifestarse en un momento

específico y tiene su tiempo y su ritmo particular de despliegue. Como veremos enseguida, cada etapa debe ser vivida a fondo, pues posee una perfección y madurez que le es propia. Cada edad de la vida debe vivirse en su momento y de manera completa para dejar lugar luego a la etapa que le sigue. Las alteraciones de este ritmo del humano existen constituyen un aspecto conspicuo de la patología del desarrollo personal. Nos encontramos así con los avances precoces en los que el sujeto se ve forzado, por sí mismo o por obra de las circunstancias, a arrancarse prematuramente de una etapa de la vida para arrojarse en la siguiente; producto a medio cocer, sacado intempestivamente del rescoldo, sufrirá a lo largo de su vida las consecuencias de este hecho, pues las etapas son irrepetibles y se viven una sola vez. Igualmente podemos encontrarnos con las detenciones, fijaciones, de acuerdo a una conocida terminología, y las vueltas atrás o regresiones. Todos estos fenómenos alcanzan a sectores diversos de la personalidad y en grados variables, pero la afectan y la desequilibran siempre, como es lógico, en cuanto totalidad.

El ritmo de la vida humana se coordina a su vez con el ritmo de los otros ciclos de vida que se desenvuelven en el mismo o en diversos niveles de altitud generacional. Se tejen así las armonías y las disonancias de la trama de la existencia colectiva.

Como veremos dentro de un momento, tenemos además el importante problema de la coordinación del ritmo del acontecer biográfico con el del propio acontecer biológico y, finalmente, el problema de la coordinación de los ritmos del acontecer humano con los grandes ritmos de la naturaleza, problema este último que preocupa cada vez más a la salud pública de nuestro tiempo.

### *Perfección y madurez*

Cada edad de la vida tiene su propia perfección y madurez que es necesario respetar y promover. Cada edad de la vida tiene su tiempo, su ritmo, su modalidad, su tarea específica, su bien propio y, en relación con todo esto, su conflicto básico. Por otra parte, el curso de la vida humana tiene, como totalidad, una dirección de madurez y de perfección específicas. Por un lado entonces el niño debe ser plenamente niño, desplegando sus potencialidades y cumpliendo con sus tareas, realizando así su bien, y de igual manera el adolescente, el joven, el adulto maduro o el anciano. Por otro, a través de sus distintas edades y crisis la persona debe avanzar hacia el encuentro con su vocación y hacia el cumplimiento de su destino.

Distinguimos *perfección de madurez*. En la primera reconocemos el acto de la criatura espiritual que se conoce y se asume a sí misma, en inteligencia y voluntad, en íntima libertad y responsabilidad. En la segunda la serial y graduada actualización de las potencialidades de la estructura psico-física, fenotípica, en tiempo y circunstancias oportunas. Una entrañable relación se plantea en el curso de la vida entre estos dos aspectos del animal espiritual: la madurez es condición y posibilidad para el ejercicio de la perfección y éste es a su vez estímulo y acabamiento artesanal de la madurez. Se habla muy poco de perfección en nuestro tiempo en que toda evolución pretende ser explicada por orígenes supuestamente informes. La eliminación de los términos perfectivos y el desaliento del esfuerzo y de la aspiración hacia ellos constituye, en la acertada expresión de Emilio Komar, una de las mayores violencias represivas que la actual cultura y educación ejerce sobre personas y cosas.

Es en consonancia con este doble aspecto que Charlotte Bühler distingue en el curso de la vida humana una curva de desarrollo biológico y una curva de desarrollo espiritual y estudia sus vinculaciones. La curva del desarrollo biológico conoce un crecimiento, una expansión, un período estable y luego otro de decrecimiento y restricción. Es importante ubicar en ella la puesta en marcha y el cese de la capacidad generativa que, anticipándose y retrasándose respecto de estos movimientos, origina respectivamente dos etapas transicionales. La curva de desarrollo espiritual guarda una relación en su despliegue con la curva biológica, salvo casos especiales de precocidad o retardo. Se observa en ella la notoria prolongación de la mayoría de las capacidades más allá de la declinación de lo estrictamente vital. Sólo en los deportes, y no en todos ellos, la máxima capacidad coincide con la plenitud vital; en los trabajadores manuales ella es diez años posterior y se retarda cada vez más cuanto más especializado o artesanal sea el trabajo y cuanto mayor preponderancia tengan en él la experiencia y las facultades espirituales.

En relación con ésto Bühler pone de relieve el hecho de que es peculiar al hombre la capacidad de crear *productos*, sean estos hijos u obras, que prolongan su expansión más allá de la propia declinación. El producto ejerce la doble y de alguna manera contradictoria función de estimular al individuo por un lado y llevarlo más allá de sí mismo en su expansión y de sucederle por otro y ponerse en su lugar. Es aquí, en torno a la actitud del individuo frente a su obra, que Bühler encuentra la clave del desarrollo de la vida humana en las biografías estudiadas. *El curso de la vida humana se vuelve comprensible en relación con la manera, con el acierto o desacierto, con la genuinidad o fingimiento y con las oportunidades con que la persona se determina*



*a sí misma a vivir para algo*: “sirve de criterio de una vida cumplidamente humana —dice Bühler— el determinarse a sí mismo a aquello para lo que se quiere vivir; los hombres suelen llamar a ese «algo» el «sentido» de su vida”.

La dirección de madurez y de perfección del curso de la vida humana está así estrechamente ligada a la creciente especificación de la determinación. Así como en la evolución del juego del niño se observa el tránsito desde la actividad funcional puramente expansiva al trabajo cada vez más específico y realizado conforme a plan, y esto denota la gradual sustitución de un egocentrismo inmaduro por un creciente realismo y sometimiento a las leyes objetivas, en la vida del hombre se observa el pasaje de la determinación todavía provisional y expansiva a la específica y definitiva en la que la consagración a la obra adquiere un carácter cada vez más realista en el cuidado por el resultado objetivo de la misma. La vida adquiere entonces el carácter de cumplimiento y, en muchos casos, de sacrificio. Creo que el Dr. Loudet tenía presentes estas mismas cosas cuando nos habló en páginas muy bellas del “desvivirse” y afirmó que quien no tiene capacidad de desvivirse por otro no merece ser médico ni merece ser hombre. Al cambio de una modalidad a otra de la determinación Bühler lo denomina “mudanza del carácter dominante”, coincide, en la curva de desarrollo biológico, con el paso de la preservación a la abnegación y corresponde con lo que otros autores han descripto como “crisis de la mitad de la vida”.

Gracias a la confianza básica, infundida por los adultos que la cuidaron y amaron como correspondía, la persona pudo desarrollar en la primera infancia su autonomía y su iniciativa. Superando su egocentrismo y su posesividad inmaduros aceptó ser “uno entre muchos” y adquirió la regulación básica de su conducta. Estuvo así preparada para probar su capacidad de socialización, sus habilidades y su eficacia en la segunda infancia. Con el desarrollo puberal y adolescente adquirió estatura y disposición para las tareas de la vida adulta. Llegó el momento entonces de elegir, en la crisis de la identidad juvenil, quién y qué quería ser, primer momento reflexivo de la determinación. Esta primera determinación tuvo que consolidarse en los años que siguieron, pasando por la prueba de la experiencia. En ella la fidelidad a los ideales y determinaciones abrazados debió superar la tentación del abandono en el escepticismo o en la impulsividad carente de propósito. Ahora en el mediodía de la vida, sintiendo haber hecho cumbre en muchos aspectos de su existencia, disponiendo del usufructo y del goce de sus capacidades reafirmadas y de sus obras concretadas, la persona discierne, en el horizonte todavía brumoso, el perfil cierto de su declinación temporal. Aprende que su ciclo de vida es limitado. La generación anterior le ha dejado

su sitio y la nueva generación se hace presente, generalmente bajo la figura de sus hijos adolescentes. Es necesario dejar atrás toda actitud centrada en sí mismo y asumir la responsabilidad definitiva por la obra, por la tarea de la vida, por el cuidado de las generaciones y del patrimonio sagrado que debe trasmitírseles. Se completa de esta manera el carácter, en el asentimiento profundo a la determinación y en el honor, "que es patrimonio del alma". La persona que ha logrado trasponer el umbral de la determinación específica y definitiva de su vida, y ha hecho pie en ella, es una persona "serenada", para utilizar la expresión de Guardini. Se encuentra bien preparada para enfrentar, años más tarde, la crisis del desasimiento, en el comienzo de su vejez. Podrá destilar en ésta, entonces, los jugos fuertes y delicados de la sabiduría, fruto maduro con que la vida culmina su aventura temporal.

Este quiere ser el perfil elemental de un curso de vida humana logrado. Este logro gira en torno al problema de una determinación acertada y genuina que la perfecciona hasta su especificación definitiva. La vida humana viene a ser así lo que de ella nos dijera en el siglo IV, un sabio doctor de la Iglesia griega, Máximo el Confesor: "un movimiento especificador". Este movimiento está en manos de la persona responsable, en virtud de su inteligencia y de su libre voluntad. De allí la posibilidad de determinarse, de allí la necesidad de acertar, de allí la exigencia de genuinidad, de verdad existencial, de allí el llamado a la perfección. Como hemos visto a lo largo de todo lo expuesto, a medida que avanza en su despliegue la vida humana manifiesta, de manera cada vez más patente, su carácter esencialmente ético. Dedicaré las últimas palabras de esta tarde a una reflexión final en torno a este hecho.

#### IV) *Acerca del carácter ético de la vida humana*

Los hombres nos sabemos responsables de nuestra vida y sentimos inquietud frente a lo que con ella hacemos. Esta es una comprobación objetiva, inequívoca, con la que reiteradamente tropezamos los psicoterapeutas en nuestra tarea cotidiana. ¿Qué estamos haciendo con nuestra vida? Pregunta perdurablemente repetida, incansablemente sofocada. La psicología profunda decidió asomarse, ella también, al corazón humano y comprobó que los sentimientos de culpabilidad reprimidos son una de las fuentes principales de enfermedad y sufrimiento. ¿Se trata entonces de eliminar la culpabilidad? ¿De proponer una "moral sans péché", como confusamente quiso hacer Hesnard? Vana tarea. El psicoterapeuta no tiene otro camino que el de ayudar al sujeto a que se reconozca, a que reasuma y enderece la responsabi-

lidad por su vida, a que traiga a la plena luz de su conciencia los sentimientos morbosos de culpa, a que los lleve a las aguas frescas del arrepentimiento por el daño objetivo, transformando las autopuniciones patológicas en saludables tareas de reparación. La psicología profunda ha proporcionado una de las más contundentes demostraciones de la naturaleza moral del ser humano y del carácter objetivo de la ética, de su vinculación esencial con la realidad y con la verdad que hay en ella.

La culpabilidad frente a la propia vida es la razón de la inquietud mórbida frente a la muerte. La pregunta sofocada adquiere en las postrimerías una resonancia decisiva. Si es por el final que entendemos el conjunto, lo que "al fin y al cabo" era la vida, ésta se nos manifiesta en él, de la manera más nítida, como misteriosa e insoslayable responsabilidad: "El hombre es presa entonces de dudas y temores y repasa en la memoria todos los actos de su vida para averiguar si ha hecho o no mal a nadie". Aquel que al examinar su conducta la encuentra llena de culpas, muchas veces se despierta sobresaltado por los sueños, como los niños, y vive en penosa expectativa. Pero aquel que nada tiene que reprocharse abraza siempre una dulce esperanza, bienhechora "nodriza de la vejez", como la llamó Píndaro. (República, 330 d-331 a). Quienes han aquietado su espíritu en el cumplimiento de la responsabilidad pueden internarse confiados en la alta mar de la navegación definitiva.

Como acertadamente lo señaló Emilio Komar, toda la ética de la vida humana puede resumirse en las dos máximas de la antigua sabiduría: "Conócete a ti mismo" y "Sé quién eres". No cualquier cosa entonces, no lo que dicte la propia veleidad o la de los otros, sino lo que mande la ley de mi íntima estructura y esencia. Esta se me revela en el conocimiento cada vez mejor de mí mismo, de mis disposiciones, de mi sensibilidad, de mis virtudes y de mis defectos. Así, en el conocimiento y en el respeto de su orden propio y del orden más vasto que lo rodea el hombre puede descubrir su vocación y su lugar en el mundo. La determinación fija límites precisos y al mismo tiempo abre cauces seguros para una indefinida expansión de la personalidad. La realización cabal de la vida humana implica una disciplina de sometimiento al orden objetivo de las cosas. El hombre tiende entonces a un "ordre du coeur" donde —según las palabras de Paul Louis Landsberg— el corazón esté conformado al orden del mundo y no el mundo conformado a los caprichos del corazón. "Sabio es aquel a quien las cosas le saben tal cual son", dice San Bernardo.

Reconocer el orden objetivo de verdad que resplandece en las cosas y establecer un orden de corazón, un "ordo amoris" que le corresponda es la grande y la urgente tarea

de nuestro tiempo. Pues no es sólo la vida de los individuos sino la de las sociedades la que está pendiente de este hecho. "Voy a descubrirle a usted una cosa —le dice Goethe a Eckerman un Domingo de Enero de 1826—. Todas las épocas decadentes y amenazadas de disolución son subjetivas, mientras que las épocas de progreso tienen una dirección objetiva. La nuestra es una época de decadencia porque es subjetiva". La objetividad descuidada acarrea el escepticismo frente a la verdad. Con él el ordo amoris se disuelve en sentimentalidad privada de todo vínculo con una verdad objetiva y la realidad se degrada en un amontonamiento de hechos desprovistos de valor absoluto. La indiferencia y el punto de vista relativo corroen toda convicción, desintegran el carácter y vuelven imposible una verdadera tarea educativa. El honor y el coraje pierden su sentido. Claudica así la defensa de los valores fundamentales por los que los hombres viven. El escepticismo es la antesala de todo totalitarismo.

Desde estos presupuestos se vuelve inteligible la lúcida advertencia que Alejandro Solzhenitsin acaba de hacer a Occidente: Occidente ha perdido el coraje porque está enfermo de bienestar material y de vacío espiritual. La única salida, agrega, es ir hacia lo alto, hacia el reencuentro con los valores esenciales de su tradición espiritual.

Resulta significativo el hecho de que varias de las respuestas irritadas que ha suscitado la admonición del gran escritor ruso se formulen en nombre del relativismo y de la duda como fundamentos de la sociedad pluralista de Occidente y de su tradición de libertad. Como acabamos de ver, y como dolorosamente lo demuestra la historia de todos los días, con estos fundamentos no sólo se pierdan la libertad y el pluralismo sino la sociedad misma en cuanto sociedad verdaderamente humana. Augusto del Noce ha subrayado con toda claridad que la defensa de la "instancia liberal" es una de las batallas decisivas de nuestro tiempo y que sólo podrá ser entablada con éxito si nos hacemos fuertes en los fundamentos metafísicos y éticos de la libertad y de la dignidad humanas.

Conviene recordar aquí un hecho sobre el que han llamado la atención varios autores preocupados por la crisis de nuestro tiempo. Hay en la historia de nuestra cultura un momento decisivo que guarda singulares analogías con el que estamos viviendo: me refiero a la lucha de Sócrates y de Platón contra los sofistas en el período de caos y de confusión que conmueve hasta los últimos cimientos de la civilización griega luego de las guerras del Peloponeso. Como la Europa de este siglo, Grecia, luego de haber alcanzado una cumbre de elevación cultural y de prosperidad material se destroza a sí misma en la locura de la guerra civil. La

peste completa la acción de los hombres dejando la impresión de que nada queda ya en pie. La reconstrucción se inicia en una marea de materialismo y de escepticismo generalizados. Los sofistas son los voceros y los administradores de esta decadencia: no creen en la verdad, enseñan las técnicas de la persuasión al servicio de la búsqueda del prestigio, del goce y del poder. En esas circunstancias, nos dice Romano Guardini, sucedió algo misterioso y grande a la vez: Sócrates empezó a actuar. Era ante todo un hombre valiente, que amaba a su ciudad y a sus conciudadanos; luchó en calles y plazas por la verdad, porque era lo que éstos más necesitaban, y entregó su vida por ella. Platón, su discípulo, nos cuenta esta historia en sus escritos, de donde surgen los dos como figuras difícilmente separables. La civilización se salvó y así ha llegado hasta nosotros. ¿En qué consiste su mensaje? Hay una verdad, una belleza y un bien que nuestra inteligencia puede conocer y que miden nuestra vida. No hay sólo opiniones o perspectivas sobre las cosas sino *verdad*, una verdad que nos compromete y nos obliga. El orden de la verdad, de la belleza y del bien, que se nos manifiesta en las cosas si nuestra mirada y nuestro corazón son dóciles, debe llegar a guiar no sólo el curso de nuestras vidas sino la vida de nuestra sociedad amenazada. Podremos celebrar entonces nuestra amistad y nuestra unión con todos los órdenes de lo existente porque habremos hecho reinar la justicia en nuestra república interior y exterior.